

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 18 de Enero de 1917.

Número 3.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Lo que pienso y siento

En vista de lo que dije en el número anterior, se me pregunta por qué no creo que, una vez realizada la unión de los republicanos, vendría inmediatamente la República.

Por varias razones.

Una. Porque tardaremos mucho tiempo, aun después de unidos, en convencer al país, y aun á nosotros mismos, de que no nos tiraremos los trastos á la cabeza en cuanto se anuncien unas elecciones.

Otra. Porque no volveremos á fiarnos del todo de algunos hombres, hasta que no hayan dado visibles, palpables y repetidas pruebas de desinterés y abnegación, lo cual dudo que hagan.

Otra. Porque tememos que ciertas saludables rebeldías que comienzan á iniciarse, acaben por irse lentamente amortiguando en cuanto sean cubiertas por quienes las manifiestan las vacantes que dejen en el Congreso, las Diputaciones provinciales y los Municipios los que hoy usufructúan esos cargos.

Otra. Porque pasarán años quizás antes de recuperar por completo el apoyo moral que necesitamos para lanzarnos al movimiento de fuerza, absolutamente indispensable para derrocar lo existente.

Otra. Porque ese movimiento tiene que ser, para contar con probabilidades de éxito, sumamente rápido (dos ó tres días á lo sumo) á fin de no exponernos á que lo hagan abortar.

Otra. Porque, aun cuando presentáramos un programa de regeneración

nacional, concreto, claro, hacederó, y que aceptaran todas las clases sociales, se nos preguntaría, y con razón, recordando las enseñanzas del pasado: «Bien; pero á ustedes ¿quién los presenta? Es decir, ¿quién nos garantiza que lo cumplirán, acostumbrados á faltar á sus promesas, á su palabra y á su deber?»

Otra. Porque hoy no podemos contar con el Ejército, sin el cual no se realizó el siglo pasado ningún movimiento revolucionario en España; tal maña nos hemos dado para apartarle de nosotros, ya con nuestras divisiones infecundas, ya con el abandono en que tuvimos á los que se alzaron en 1883 y 1886, ya por la desconsideración con que tratamos á los que después se nos acercaron.

Otra. Porque nadie ve hoy en nosotros á los defensores de un ideal, dispuestos á todo sacrificio para imponerlo, sino á serviles imitadores de aquellos monárquicos que se desviven por enriquecerse pronto y sin reparar en medios.

Y por otras razones que no hay para qué enumerar hoy, pues bastan las indicadas.

Y mientras no logremos desvanecer del todo la mala opinión que de nosotros se tiene como demócratas, como republicanos y como revolucionarios, ni nadie pondrá su confianza en nosotros, ni nosotros mismos osaremos intentar nada que pueda exponernos á una derrota, ó á alcanzar un triunfo efímero que pudiera acabar de inutilizarnos.

Optimista impenitente, yo había soñado, ¡y sueño todavía!, con un enérgico movimiento de abajo arriba que demostrase á España que las deficiencias, torpezas, ambiciones ó inormalidades de unos cuantos, ¡muy pocos!, si bien habían paralizado la acción del republicanismo, no consiguieron ahogar en él, si no accidentalmente, lo que constituye su esencia: patriotismo, civismo, desinterés...

¿Que me equivoco, y en la Asamblea que va á celebrarse en Zaragoza, que no es la propuesta por mí, pero que no combatiré, quedan defraudadas las esperanzas que todavía abrigo?

Pues seguiré pensando que en la República está la salvación de España, pero será cuando desaparezcan todos los viejos que hemos trabado lo indecible para no verla restablecida y todos los jóvenes contaminados por nosotros de miserables

egoísmos, dejando así paso franco á los que vengan á la vida pública, como están ya viniendo, con ideas más exactas acerca de la significación de las palabras deber, abnegación y sacrificio, y con propósitos de no ponerlas en los labios sin haberse honrado antes practicándolas.

Y hasta que llegue para mí el día del «apaga y vámonos», me dedicaré exclusivamente á combatir toda clerecía y toda religión, especialmente la católica, por ser la que ha hecho de España lo que hoy es: un conjunto de religiosos sin fe, de oprimidos que callan, de altivos que suplican, de honrados que roban, y de valientes sin aquello que puso de pie Colón ante los doctores de Salamanca, y que hoy cuesta la docena tres pesetas en las tiendas de ultramarinos de Madrid, precio que me ahorra demostrar lo mucho que escasean.

Para qué quiero la unión

Compuesto y corregido el artículo anterior, abro *El Diluvio* del viernes, y me encuentro con un artículo de Jaime Brossa alusivo á la unión de los republicanos. Se titula *Los trofeos de la Puerta del Sol*, y comienza así:

«El cuadro que exhibe el republicanismo español es como la piel del camaleón. Uno hace esfuerzos por saber qué quieren los que piden la unión de los republicanos, y, naturalmente, lo único que se puede responder, es lo siguiente: ganar unas elecciones. ¿Con qué fin? ¿Para pedir al Gobierno y al ejército español el abandono de Marruecos? No lo creemos, porque hasta ahora los únicos elementos que se atreven á formular tal demanda son el Sr. Domingo, el cual no ha tenido necesidad de la unión con los demás republicanos para decir verdades crudas desde el periódico y desde la tribuna, y *El Socialista*, de Madrid, que no ha cesado ni un sólo momento de sostener una brillante campaña.

«Desean la unión para plantear el problema de los derechos é intereses españoles atropellados por Alemania? Todo el mundo sabe cómo los republicanos de real orden han dejado solo al Sr. Domingo cuando éste, junto con otros dos diputados, ha protestado contra las manifestaciones de duelo por la muerte de Francisco José. ¿Quieren unirse para tratar del bochornoso estado de la enseñanza y de las Universidades de España, que tan duramente ha fustigado el señor Unamuno en su última conferencia? Nuestros lectores recordarán cómo los radicales de Barcelona se unieron á los

reaccionarios para hacer fracasar el presupuesto de Cultura. ¿Es para tratar de los problemas sociales, de aquellos intereses que no se hallan representados en el Parlamento? Todos nos acordamos de aquella suspensión súbita de las Cortes cuando estalló la huelga ferroviaria, en cuya última sesión toda la mayoría se echó encima del Sr. Domingo, el cual fué abandonado de los demás parlamentarios republicanos.

Si no es para hacer unas elecciones, ¿será para hacer una revolución? No se han borrado de la imaginación de los republicanos de Barcelona los sucesos de 1909, cuando los lugartenientes de Lerroux, Iglesias y Ardid, delataron a Ferrer, al cual habían explotado a mansalva, igual que su jefe. Nadie ha olvidado la conducta, durante los sucesos, de los diputados republicanos, ni aquellas deliberaciones suyas, que sólo sirvieron para demostrar que la representación parlamentaria de Cataluña carecía de todo valor ante la criminal osadía de un La Cierba, de un Ugarte, de un Crespo Azorín.

Si alguien halla algún motivo noble y elevado que sirva de fundamento para la actual propaganda en pro de la unión republicana, habrá descubierto la novena maravilla del mundo.

Realmente yo no debiera darme por aludido, pues la unión que vengo predicando desde 1911, no es la que se ha propuesto en Bilbao, ni mucho menos la que apuntó Lerroux en el almuerzo que dió á los diputados, sino la que hubiera salido de la *Asamblea de los 49* delegados, uno por provincia.

Creo que tampoco pensó aludirme Brossa al escribir su artículo: conoce bien la historia del partido, para ignorar que yo nunca propuse ni defendí uniones con el fin de que fuesen diputados ni concejales los que acaso dejarían de ser republicanos si perdieran toda esperanza de alcanzar un acta. Una de las mayores ventajas de la Asamblea propuesta por mí, era la de que se lanzasen al arroyo al verse sin ella todos los Salvatellas que seguramente tenemos en incubación.

Pero como soy uno de los que piden y desean la unión, me doy por aludido para hacer constar:

Que si no ha de servir á los fines revolucionarios en todo y por todo, maldito el interés que tengo en que se pacte. Hoy todavía puedo hacerme creer, á ratos, y apelando á veces al sofisma, que nada hacemos los republicanos por estar desunidos. Pero si, hecha mañana la unión, continuase todo como está, se me impondría implacablemente esta triste y desconsoladora realidad: «No hacemos nada, (hablo siempre de los que figuramos), porque somos solamente unos charlatanes incapaces, jactanciosos y huecos.

¿Y por qué negarlo? Padecería un poquillo mi amor propio al hacer tal confesión, pues equivaldría á reconocer explícitamente que he sido toda mi vida un papanatas ridículo, empeñado en que se transformasen los Sanchos en Quijotes. Y todavía, lo

declaro ingenuamente, no he llegado á formar de mí opinión tan deplorable.

Quedemos, pues, en que yo deseo como el que más la unión de los republicanos, pero para que vayamos á donde debemos ir en cuanto recobremos lo que hemos perdido y alleguemos lo que necesitamos; no para que cambiemos la etiqueta á la mercancía averiada, ni para que, como hasta aquí, siga pidiendo cada fraile para su convento.

PUDIERA SER

Y me decía una persona muy inteligente, que ha viajado mucho por el extranjero, y que sigue con gran atención todos los incidentes diplomáticos de la guerra:

«No le quepa á usted duda: los Estados Unidos acabarán por declarar la guerra á Alemania para contribuir á aplastarla. Por instinto de conservación en primer término: victoriosa, podría dentro de unos años aspirar á la hegemonía en América. Y en segundo porque, si bien han acaparado casi todo el oro de Europa, mucha parte de ese oro lo ha empleado en los empréstitos de Inglaterra, y, por lo tanto, le conviene que los aliados triunfen.

Y pareciome tan natural, tan humana, y tan yanqui sobre todo la última razón, que halago con alegría la idea de que pueda ocurrir lo que mi amigo me dijo, para que termine cuanto antes el temor á que predomine una raza que no respeta ni fueros de Humanidad, ni leyes de guerra, ni principios de justicia, y que debe ser aplastada por la fuerza, ya que ella no reconoce otro derecho.

La Iglesia española y el espíritu del siglo

Un sacerdote liberal

La prensa radical discutía apasionadamente las conversiones al catolicismo del diputado republicano Sr. Talavera y del publicista y presbítero, durante tanto tiempo rebelde á la Iglesia, Sr. Ferrándiz. Se afirmaba en los periódicos de la extrema izquierda que la democracia y la república eran incompatibles con el catolicismo. Y con tal motivo, y doliéndose de una campaña que consideraba injusta, el provisor del Obispado de Madrid, D. Juan Aguilar y Jiménez, escribió á su particular amigo Castrovido, director de *El País*, una carta confidencial que el periodista republicano, con la mejor buena fe, dió á la estampa y que contenía, entre otros, los siguientes párrafos: «La Religión y la Política tienen, como usted sabe, en su alto criterio, esferas distintas. Jamás pueden ser contrapuestas, ambas pueden tener puntos de contacto como todos los órdenes de la actividad humana.» «La más pura ortodoxia católica no sólo es compatible con la república como forma de gobierno, sino con todo el contraído sustantivo demo-

crático de los derechos del hombre y libertades esenciales del espíritu humano, afirmadas por el gran movimiento de la Revolución francesa». «No hay un sólo dogma al que se opongan esos sagrados derechos y libertades humanas.»

En ningún país del mundo tendrían estas afirmaciones la menor novedad. Ya el gran Lacordaire decía, hablando de la Revolución: *elle fera le tour du globe*. ¿Será menester recordar á los Manning y á los Newmann, á los Gilbert y á los Dupanloup, á los Ketteler y á los Mermillod, á los Gibbons, Trelard y Spolding? En la catedral de Baltimore, en el vigésimo quinto aniversario de la consagración episcopal de Gibbons, celebrado el año de 1893, decía el arzobispo de San Pablo, Mons. Ireland, á una multitud de fieles, ante trece arzobispos, cuarenta obispos, trescientos sacerdotes y doscientos seminaristas: «La Iglesia católica, estoy seguro de ello, no teme la democracia, esta florecencia de sus más sagrados principios de igualdad, de fraternidad, de libertad de todos los hombres en Cristo y por Cristo.» Y añadía: «La Iglesia vive bajo cualquier forma de gobierno. Ratificadas por el pueblo, todas son legítimas; pero el gobierno que, más que ninguno, es el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, ese es bajo el que la Iglesia del pueblo, la Iglesia católica, respira el aire que sienta mejor á su corazón y á sus principios.» León XIII habló también este lenguaje: «La soberanía no se halla unida necesariamente á determinada forma política... Nadie repuebe que el pueblo tome una parte mayor ó menor en el gobierno... Los pueblos pueden elegir la forma de gobierno que mejor convenga á su genio, á sus tradiciones y á sus costumbres».

La cruzada contra el impío

Pero estamos en España y no sólo vivimos alejados del movimiento universal de las ideas, sino que hemos olvidado nuestra propia historia de libertad religiosa, política y civil. Nuestros fanáticos de la extrema derecha son capaces de tener por apócrifos los textos de los antiguos fueros en que se afirma, no contaminado aún por el influjo pernicioso del derecho romano y del derecho canónico, el espíritu liberal del derecho patrio, y de renegar de las leyes de Partida, que amparaban y protegían á los judíos contra la hostilidad del populacho.

Como si se tratara de algo verdaderamente insólito, la carta enviada por el Sr. Aguilar á Roberto Castrovido levantó una tempestad de protestas en la prensa clerical. *El Correo Español* y *El Siglo Futuro* se desataron en improperios contra el sacerdote tenido hasta entonces por intachable. Esta actitud de los órganos de la intolerancia española debió de repercutir en las altas esferas eclesiásticas, porque el Sr. Aguilar se apresuró á enviar á *El País* un nuevo escrito, explicando el sentido de su primera carta. Se trataba de un documento confidencial, no destinado á la publicidad; acaso había en él, como dirigido á un amigo, alguna expresión demasiado viva... Pero el provisor del Obispado de Madrid mantiene, en lo fundamental, los conceptos de su primer escrito. No es, sin duda, la rectificación que se esperaba y la prensa clerical continúa su campaña. En un nuevo documento, que apareció en varios periódicos de la extrema derecha, el señor Aguilar hace protestas de su adhe-

sión a la Iglesia y de su respeto y sumisión a la jerarquía; mas tampoco desvirtúa las afirmaciones que han soliviantado a los fanáticos. Acaso se exige de él una de esas retractaciones que un hombre de honor no puede hacer sin que le amarguen el espíritu. El hecho fué que el señor Aguilar, ignoramos si de grado ó por fuerza, dimitió su cargo de provisor...

El Padre Montaña y el Padre Maumus

Hay en la Iglesia española un extraño personaje, que recuerda el furor fanático de otras edades: el famoso P. Montaña. Este personaje, que la suerte encumbró a las más altas posiciones, se sintió escandalizado de que un sacerdote pudiera hablar sin horror de la Revolución francesa, y, bajo un pseudónimo, escribió en *El Siglo Futuro* varios artículos arremaniando contra aquel movimiento histórico. Es interesante señalar el tono de esos artículos. En ellos se califica a los principios de la Revolución de «horrendos, delictivos y venenosos»; se habla del impío y corrompido Voltaire y del corrompido y corruptor Rousseau; se abomina de los hechos llevados a cabo con odio infernal, diabólico, por la Revolución contra Jesucristo y su Iglesia, y se dice lo siguiente, que revela toda una mentalidad: «La Revolución, en abstracto considerada, es un misterio; pero un misterio de iniquidad. Y por cuanto tiene de común con Satanás el grito feroz é injusto de *nom serviam*, se colige al instante ser la revolución imitadora de Lucifer. Mas como Satanás fué quien primero dió ese grito de independencia *nom serviam*, no serviré a nadie, ni siquiera a Dios Altísimo Omnipotente, también resulta tener la revolución por padre al demonio. Si, pues, Satanás es padre de la revolución, como hija suya y hechura de sus manos infernales, la revolución es obra de Lucifer.»

Esto es, por el lenguaje y por las ideas, simplemente grotesco. Tal sarta de disparates sólo puede provocar la risa. Cualquiera católico ilustrado sabe la parte activa que tomó el clero francés en la Revolución y lo que a la abolición del antiguo régimen feudal contribuyeron, en la sesión histórica del 4 de Agosto, autoridades de la Iglesia como el arzobispo de Aix y el obispo de Nancy. Según el dominico Vicente Maumus, sostener que fué el ateísmo político lo que inspiró el movimiento de 1789 es negar la historia. No sólo no considera el ilustre religioso francés contrarios a la doctrina de la Iglesia los principios fundamentales de la Revolución, sino que cree que ésta representa, frente a la transformación consumada por la realeza del antiguo régimen, un retorno hacia las tradiciones nacionales, y, en tal sentido, una contrarrevolución.

Pero si las ideas y el lenguaje del padre Montaña son simplemente grotescas, es, en cambio, cosa muy seria su posición en las altas esferas políticas de España. Fué preceptor del Rey, y confesor de la Reina Madre hasta que un violento artículo contra Canalejas le obligó a salir de Palacio. Y es actualmente decano de la Rota, el supremo tribunal eclesiástico de la nación, cuya presidencia honoraria corresponde al Nuncio.

El pecado de liberalismo

En consideración a sus virtudes y a su competencia en derecho canónico, el señor Aguilar y Jiménez, provisor del Obispado de Madrid, había sido propues-

to por la autoridad eclesiástica para una vacante de magistrado en el nombrado Tribunal de la Rota. Al caer el Gobierno del señor Dato quedaba extendido el nombramiento, faltando sólo el requisito de la firma del ministro de Estado. Al hacerse cargo del Poder el conde de Romanones, la autoridad eclesiástica reiteró sus instancias en favor del nombramiento del señor Aguilar, persona, al parecer, de singulares merecimientos. Pero se interpone la carta enviada por el provisor al director de *El País* y las cosas cambian. La autoridad eclesiástica ya no tiene interés en que se haga el nombramiento del Sr. Aguilar; deja al Gobierno en libertad de acción. El Señor Aguilar sigue siendo un sacerdote de gran ilustración y de ejemplar conducta; pero ha incurrido en el pecado de liberalismo. Como el conde de Romanones no cree en tales pecados, en vista de que subsisten los motivos que indujeron a la autoridad eclesiástica a hacer la propuesta del señor Aguilar, el Gobierno liberal resuelve mantener el nombramiento. Y empieza una de esas luchas de que sólo tienen idea los que han sido víctimas de una intriga clerical.

La actitud de Roma. Inhibición del poder público

Lo más chocante es que la Curia romana no encuentra nada de particular en el documento publicado por *El País*, que ha sacado de sus casillas a los clericales españoles. Pero la Curia sabe cómo las gastamos por acá y se sacude el asunto diciendo: ¡allá ustedes! Y se acuerda consultar a los obispos, entre cuyos pecados, si es que alguno cometen, no se halla ciertamente el de liberalismo.

Y el Gobierno liberal del conde de Romanones ¿qué hace?—¡No faltaba más!—dice el conde, calándose el morrión, al gran Castrovido:—¡Si ese nombramiento no se acepta, estoy dispuesto a llegar hasta la ruptura con Roma! (¿Con qué Roma, si a Roma le tiene sin cuidado que nuestros fanáticos se descuernen?) ¡No faltaba más!—repite el conde al venerable Azcárate:—¡O se admite ese nombramiento ó yo no hago ningún otro! Pero el conde propone y el P. Montaña y el Nuncio disponen. Y el tiempo pasa y el nombramiento no se hace. Sería curioso poder entrar en la maraña de la intriga clerical. Se espera, se pretende, acaso, que el interesado, buscando la paz, facilite la solución con su espontánea renuncia. Mas el interesado, que no ha solicitado nada, piensa, tal vez, que no sería digno renunciar a algo que, por referirse a las ideas y estar por encima de las conveniencias personales, no nos pertenece. El conde se impacienta. ¡Estas gentes de Iglesia no sirven más que para darle a uno disgustos! Y el nombramiento aparece, al fin, en la *Gaceta*. Pero no a favor del Sr. Aguilar y Jiménez, sino a favor de un leguleyo del pueblo de Montero Ríos. ¡No faltaba más! ¿Y el morrión? El conde de Romanones, como Sagasta, cae siempre del lado de la libertad.

Tal es, lector, el caso. Es de esperar que se hable de él, si no seguimos embruteciéndonos con tanta política económica y envileciéndonos con tanto negocio y somos capaces de interesarnos por algún motivo ideal. O el liberalismo renuncia a toda posibilidad en España, ó es ya hora de que de vergonzante y mendicante se convierta en militante.

ALVARO DE ALBORNOZ

OTRO TIRTEAFUERA

Copio de *La Lucha*, diario de Barcelona:

«Los republicanos de ayer

De claudicación en claudicación

Luis de Zulueta, el ayer publicista admirable, espíritu austero y radical, hoy «funcionario» del partido reformista, ha escrito recientemente en un periódico de Madrid:

«No creemos que en estos momentos sea oportuno remover campañas anticlericales ni avivar las viejas discordias alrededor del problema religioso por desgracia aún no resuelto en nuestra patria.»

Por ser muy justo, añade *La Lucha*, suscribimos el comentario de Castrovido en *El País*. Dice así:

«Disentimos. Ahora importa más que nunca extremar la acción anticlerical. El resultado de las transigencias, de las temporizaciones de los anticlericales, son los atentados a la libertad de conciencia, la ingerencias en la enseñanza y este triunfo escandaloso de la intolerancia, del fanatismo más feroz, comparable sólo al de «El ángel exterminador». (Alude al asunto que toca Albornoz en el artículo que antecede.)

¿Necesito decir que estoy también de acuerdo con Castrovido? No.

Lo que sí necesito es manifestar la extrañeza que me ha causado el ver que un hombre que vale, sabe y siente como Luis Zulueta, se haya puesto al nivel de un Talavera, un Bergia y tantos otros que no sirven ni para descalzarle moral ni intelectualmente.

Y que además haya incurrido en la falta de lógica de asegurar que «es una desgracia que no esté aún resuelto en nuestra patria el problema religioso», y añadir á renglón seguido, «que no es oportuno remover campañas anticlericales ni avivar discordias.»

Y dice esto, cuando se dan casos como el del coronel Labrador.

Y se condena a presidio á los escritores por supuestos escarnios al dogma.

Y se multa á los periódicos por publicar grabados en que se caricaturizan costumbres del clero y de los frailes.

Y se obliga por la fuerza á los transeúntes á descubrirse al paso de las procesiones ó del viático.

Y se queman públicamente libros y periódicos.

Y se niega trabajo, como en Bilbao, á una joven que ha concebido como las amas de cura.

Y el clero y la frailería se han ingerido en la enseñanza y se tiene en entredicho á los profesores que no practican.

Y se cometen injusticias notorias á diario en la provisión de cátedras.

Y el miedo á las venganzas clericales impide la divulgación de las faltas y delitos del sacerdocio.

Y los obispos censuran en sus pastorales á naciones amigas, sin que los gobiernos les vayan á la mano.

Y en los hospitales y asilos se obliga á los enfermos no católicos ó indiferentes á rezar, confesar y comulgar, molestando, ó desatendiendo á los que se resisten.

Y el pueblo se muere de hambre y frío á la puerta de iglesias y conventos llenos de joyas y vestiduras riquísimas.

Y cuando, y esto es lo más terrible para el presente y el porvenir de España, se procura ahogar todo sentimiento noble, todo arranque viril, todo espíritu de rebeldía, para convertir á esta raza, antaño tan altiva, en un rebaño de inconscientes aspirantes á la bienaventuranza eterna, á quienes la Iglesia nueva, dirija y esquilme á su antojo.

Y no quiero hablar aquí del saqueo continuo que con uno ú otro pretexto religioso llevan á cabo jesuitas, frailes y curas, las mandas que *timotean*, las captaciones que perpetran, todo lo cual impide el desarrollo de la riqueza nacional.

Y siendo así, ¿cómo se atreve un hombre del entendimiento de Luis Zulueta á decir que no es oportuno en estos momentos atacar al clericalismo?

¿Qué espera ver para que juzgue llegados esos momentos? ¿Acaso que se restablezca la Inquisición materialmente? (Moralmente, tiempo há que funciona).

¿A que se encarcele por lavarse ó no comer tocino ó por delaciones miserables? ¿A que se profanen doncellas en los calabozos? ¿A que se satisfagan venganzas ó se sacien lujurias? ¿A que se aplique el tormento del borceguí, ó el del potro, ó el de la polea, ó el del agua, ó cualquier otro de los infinitos que la caridad de la Iglesia aplicaba concienzudamente? ¿A que se azote? ¿A que se infame con el sambenito? ¿A que se queme? ¿A que se aventen cenizas? ¿A que se exparza sal en los solares de los edificios derribados? ¿A que se confisquen bienes? ¿A que se restablezca, en fin, oficialmente el Santo Oficio, con todos sus fueros y preeminencias, inmunidades é irresponsabilidades?

Ya sé yo que á esto no se llegará, por mucho que lo deseen quienes aplauden á los alemanes por las atrocidades que cometen. ¿Pero es que acaso no merecen los clericales que se les combata á sangre y fuego por lo que hoy hacen? ¿O es que vamos á aguardar para defendernos á que nos hayan atado de pies y manos, pudiendo vencerlos á carcajadas, puntapiés y salivazos?

¿Qué tristes realidades nos está ofreciendo la juventud inteligente!

¡Ayer Zozaya!... ¡Hoy Zulueta!... Dos hombres que tenían no ya el derecho, el deber de respetar su pasado para enaltecer más su presente á fin de cosechar más admiraciones en el porvenir.

Apena verlos confundidos con los que, por inferioridad mental ó pobreza de espíritu, se acomodan al medio ambiente, que es hoy de transigencia con el clericalismo, cuando no de ofrecerle sumisión ó de prestarle ayuda directamente ó indirectamente.

Contraste consolador

Un hombre y un beato.

El primero se llama Francisco Perramón, y vive en Sardañola. El segundo José Feixó, y oye misa en Barcelona.

Veintinueve años llevaba Francisco Perramón de arrendatario de la masía ó casa de campo «Mas Olivé», con gran contentamiento de su propietario, que había visto mejorar considerablemente en sus manos la finca.

Hace un año la vendió, y al visitarla el nuevo propietario, José Feixó, le dijo á Perramón que sabía sus ideas políticas y religiosas y que su hijo mayor se había casado civilmente dos meses antes, matrimonio del que se habló mucho por ser el primero de esa clase celebrado en Sardañola; pero que lo conservaría en su puesto á pesar de que él era católico, respetando el contrato de su antiguo propietario y en atención al interés que Perramón se había tomado siempre porque la finca produjese y mejorara; que él respetaría sus ideas, pero que le agradecería que á su vez respetase las suyas y no se opusiera á que un capellán fuese á bendecir la masía.

Pocos días después llegaba á la finca un clérigo, que no se contentó con bendecirla en conjunto, sino que además roció de agua bendita mesas, sillas, camas, paredes, libros de la biblioteca de EL MOTIN, la imagen de la República, y ¡horror! hasta un retrato de este humilde servidor de Satanás, á la vez que los de otros republicanos y librepensadores.

Y aquí un paréntesis.

(Ruego al amigo Perramón, ó á su hijo, que me manden cuanto antes el bendecido retrato mío, que yo les enviaré en cambio dos que no hayan sufrido profanación alguna; no sea que le dé por hacer ahí milagros ó cometer alguna otra barrabasada, y me deje en mal lugar. Le soltaré cuatro frescas en cuanto le eche la vista encima por haberse dejado bendecir, y lo haré trizas después.)

Al poco tiempo de haberse bendecido la casa de campo...

Otro paréntesis aquí, para exponer una duda que me asalta en este instante.

(Cuando se bendice una casa ¿alcanza á todos los habitantes de ella el beneficio? Y lo pregunto, porque como en todas, y más si son de campo, abundan los ratones, las cucarachas, las chinches, las pulgas, etcétera etc., quisiera saberlo, para po-

der contestar con conocimiento de causa al que me hiciese esa pregunta).

Bendecida, repito, la casa de campo, vino un incidente á demostrar que el nuevo propietario había olvidado lo ofrecido.

Aunque casada civilmente, la nuera de Perramón dió á luz una robusta y hermosa niña. A las doce horas del suceso se presentó en la finca el Feixó, é intentó con frases amables (en los beatos la amabilidad es lo más temible) de convencer al abuelo de que debía bautizarse la nieta; que si no quería ir ninguno de la familia á la iglesia, él se encargaría de llevarla, sin que nadie se enterase, á la catedral de Barcelona y que sufragaría todos los gastos. La contestación fué negativa, como de hombre de la seriedad, la convicción y la consecuencia de Perramón.

A los pocos días volvió el propietario á decirle que, aun sintiéndolo y violentándose, se veía obligado á despedirle, porque, tratándose él con distinguidas gentes religiosas, le perjudicaba el tener al frente de su finca una familia librepensadora; por lo cual le invitaba á ir á casa de un notario á firmar un papelito.

Respondióle Perramón que él no firmaría nada, sin que antes no se fijase la indemnización á que tenía derecho por las mejoras que había introducido en la finca y las plantaciones que había hecho.

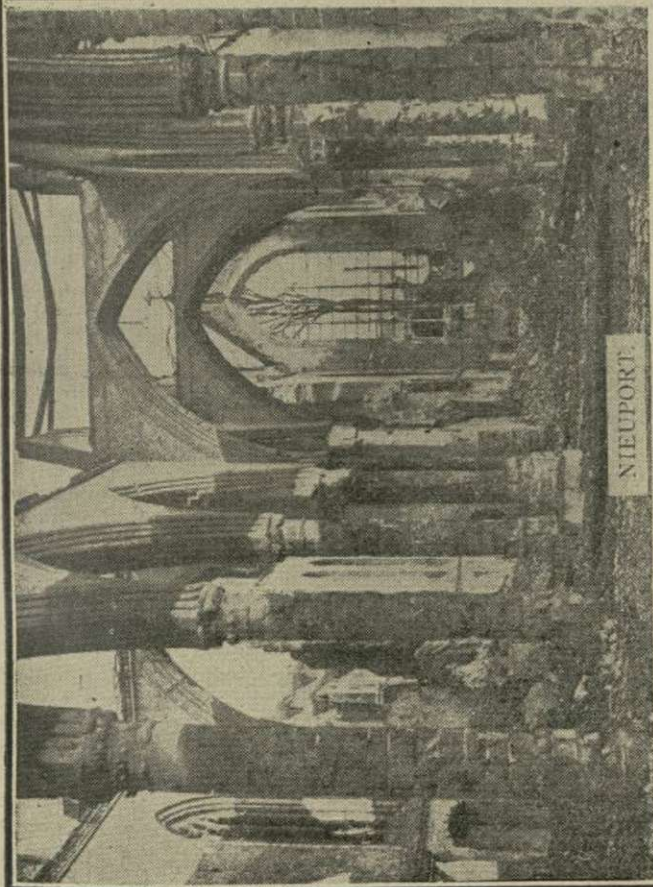
Trató de asustarle el beato, diciéndole que podía echarlo en menos de quince días sin darle indemnización alguna; mas Perramón, que sabía á qué atenerse, insistió en lo dicho.

Pocos días después presentóse en la masía un notario, y requirióle para que, una vez levantadas las cosechas, desocupara la propiedad.

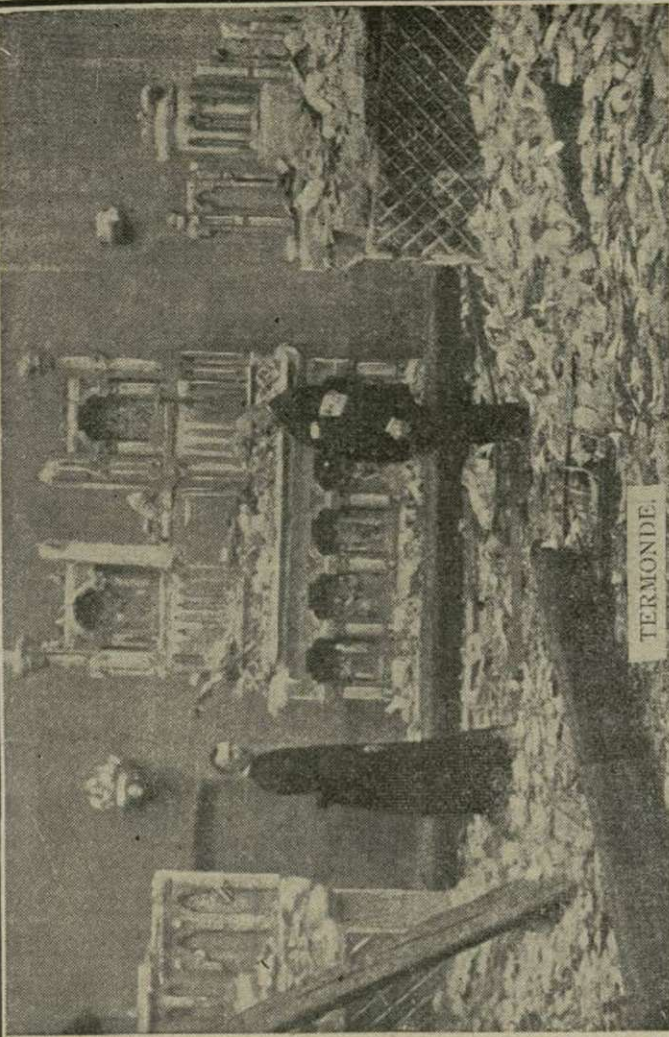
Y hoy Francisco Perramón y su hijo están fuera de la finca «Mas Olivé».

No diré nada del beato: ha obrado cual corresponde á su filiación religiosa. Cada animal responde á su instinto y cumple las leyes que la naturaleza le impuso. Por esto no debe extrañarnos que el tigre aceche, la víbora pique y el sapo escupa.

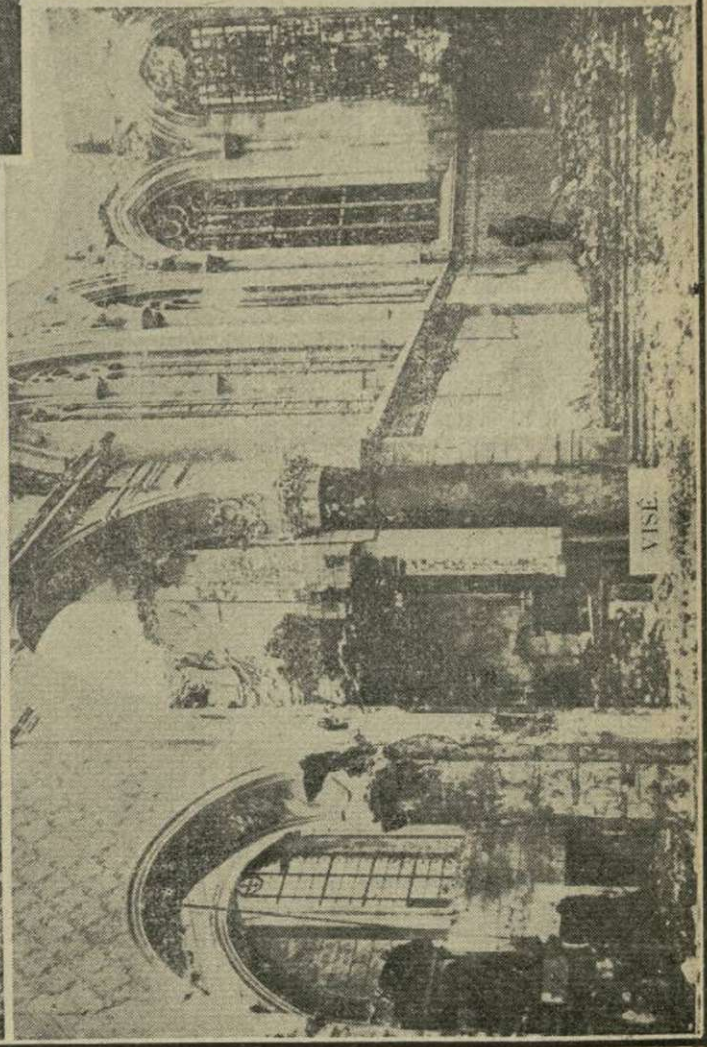
Mas si quiero rendir el homenaje de mi admiración al hombre que antes de faltarse á sí mismo traicionando sus convicciones, abandona la casa donde sus hijos nacieron y que guardaba en cada rincón un recuerdo de horas felices. Ya no se sentará un momento en las tardes calurosas del estío á enjugarse el sudor de su frente, aureolada por el trabajo, bajo un árbol plantado por sus manos; ya no volverá á comer el pan del trigo sembrado, cultivado y recogido por él, y que sabe mejor que el de la cosecha del vecino; ya no saboreará las frutas del huerto maduras al compás de las risas de sus hijos y el gorjeo de los pájaros que revoloteaban á su alrededor.



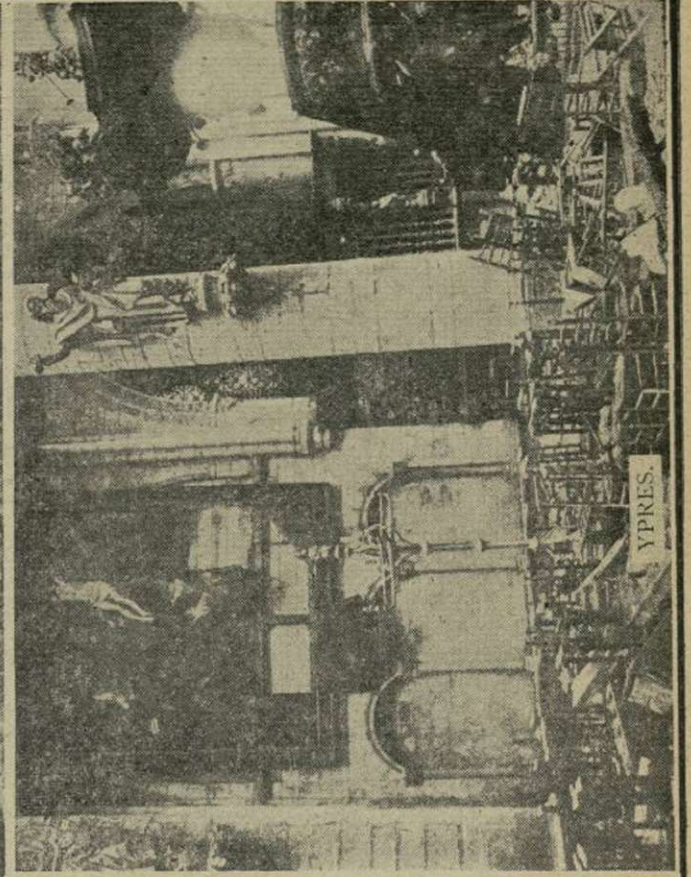
NIEUPORT.



TERMONDE.



VISÉ.



YPRES.

Templos católicos cañoneados por los alemanes, a quienes aplauden y defienden los clericales españoles.

¿Y cuándo renuncia Perramón á esas satisfacciones morales y materiales nacidas al calor del deber cumplido y del trabajo honrado? Cuando se acerca para él la vejez; cuando se vive de recuerdos más que de esperanzas; cuando las escasas alegrías que se reciben vienen envueltas en brumas de tristeza, tanto más densas, cuanto más infructuosos fueron los esfuerzos empleados para asegurar un modesto porvenir á los que se ama; cuando no es tiempo ya de emprender otras empresas.

Y lo hecho por Perramón merece doble aplauso por haberlo realizado oscura, modestamente...

Dadas sus circunstancias, nadie lo hubiera censurado si accede á la cobarde y miserable imposición del clerical propietario. Y, sin embargo, Perramón abandona lo que pudiera bien ser calificado de su Paraíso, más caro para él que para Adán el que perdió, puesto que lo había creado; y lo abandona cuando con una palabra pudiera conservarlo; cuando con una disculpable transigencia con ideas que no profesa, hubiera trocado la hostilidad del Feixó en benevolencia provechosa.

¡Hombre admirable! Yo te saludo, te ofrezco mis respetos y te beso esas manos aristocratizadas por el trabajo. Y al compararte con los que venden su honra política por un plato de lentejas, ó transigen con el medio por cobardía, ó comercian con sus convicciones por codicia, me siento orgulloso de que poseas mi retrato y hayas leído mis libros, tanto como me avergüenza el que se digan y se crean correligionarios míos los que no obran como tú.

Y cuando las dudas y desfallecimientos quieran hacer presa en mi espíritu al contemplar tantos ejemplos de debilidades, degradaciones y apostasías como dan á menudo los de arriba, pensaré que mientras haya hombres como tú y tu digno hijo entre los de abajo, no debemos perder en absoluto la esperanza en el resurgimiento de la patria bajo el régimen republicano. Y hay, por fortuna, muchísimos más de los que creemos.

JOSE NAKENS

En todas partes lo mismo

Leo en el número 386 de *El Progreso*, de Buenos Aires, correspondiente al 15 de Noviembre último:

«La lucha empeñada por el clericalismo contra toda publicación libre-pensadora, está dando resultados excelentes para los frailes.

El único periódico que ha resistido á la sorda campaña es *El Progreso*.

Los quince colegas que se publicaban en el país han desaparecido.

También hay que reconocer que esto se debe á la indiferencia de los nuestros, que no se suscriben ó no pagan porque

les parece que nada nuevo pueden leer en las hojas de propaganda.

Sin embargo los clericales sostienen sus pasquines llenos de simplezas.

Esta administración abre hasta el 1.º de Marzo de 1917, un concurso entre sus favorecedores.

Todo suscriptor que haga un nuevo suscriptor recibirá en obsequio un libro de propaganda, valor S 1.

El que haga 2 suscriptores recibirá de regalo un ejemplar del Album Biográfico de la edición especial para tal objeto editada, valor S 5.—

Por cada suscriptor más un libro de propaganda y por cada dos suscriptores más, otro ejemplar del Album ó libros á voluntad del interesado.»

Como se ve, la *Advertencia* anterior confirma una vez más la certeza del dicho, en todas partes cuecen habas; es decir, que el clericalismo es igual en España, que en Europa, que en América, que donde quiera que lo dejan meter la cabeza, y que no repara en medios para conseguir sus fines.

Esa advertencia me explica lo que ha pasado con *El Motin* en Buenos Aires; se venían vendiendo cuatro mil ejemplares de cada número, y hoy se mandan solamente trescientos.

¿Miedo del corresponsal? ¿Imposición de las autoridades? ¿Amenazas, ó labor solapada del clero? ¡Qué sé yo!

Lo único que digo es que, no habiendo variado *EL MOTIN* en lo más mínimo, siendo único en su clase, y habiendo alcanzado aquel número de lectores, es incomprensible que en muy poco tiempo sufriese esa merma.

Lo mismo me va ocurriendo en varios puntos de España. El día que esté de humor para ello, enumeraré algunos de los recursos á que los clericales apelan para restar lectores á *El Motin*: algunos son graciosos, sin perder su carácter de canalleros. Hoy sólo hablaré de lo que acaba de ocurrirme en Oviedo.

Tiempo hacía que la viuda del corresponsal, Sandalio Polledo, sólo llevaba 25 números, cantidad insignificante para una población como aquella, donde abundan personas ilustradas que no comulgan con ruedas de molino, cuando hete aquí que hace dos semanas recibió un aviso de la viuda, para que se suprimiera el paquete, porque no se vendía ningún número.

¿Se explica esto? En manera alguna. Comprenderíase que, por combatir yo á Melquiades, hubieran dejado de leerlo los adeptos que hoy tiene allí, si es que antes lo leían. ¿Pero es que no lo compraba ningún republicano? ¿Ningún librepensador? ¿Es que puede dejarse de leer en un día un periódico en una población, comprándolo veinticinco individuos, y no habiendo publicado nada que pudiera haber disgustado á todos? Pues, sin embargo, así ha sido.

Esto importaría poco, si al ver que *EL MOTIN* deja de recibirse en una po-

blación, se suscribieran directamente á él quienes lo compraban. Pero, nada. Llegan á creer hasta que ha muerto, según les dicen algunos de los corresponsales que dejan de llevarlo.

¡Y dice Zulueta que no son estos momentos oportunos para atacar á la chusma que piensa y obra así? Por lo único que sentiré morir, será por no poder seguir combatiéndola. «Por estas que son cruces», como se acostumbra á decir en los pueblos cruzando las manos y besándolas por las palmas, cuando se quiere jurar religiosamente.

Nuestra guerra con Alemania

—Le doy á usted el pésame, don Francisco; Grecia está á punto de intervenir á favor de Alemania.

—Y yo le acompaño á usted en el sentimiento, D. Germán; sus ídolos nos han echado á pique otro vapor.

—Llevaría contrabando de guerra.

—Ni siquiera contrabando de paz.

No llevaba armas ni municiones, como los barcos que salen de los puertos yanquis, y á los que ningún submarino molesta. Iba cargado de fruta, como el *S. Leandro*.

El *S. Leandro* estuvo bien hundido. Su capitán no quiso aceptar el salvoconducto que le ofreció el consul de Alemania.

—¿Y ese salvoconducto era gratuito?

—Claro que sí. Así lo afirma *El Neutral*, periódico nuevo, cuya lectura recomiendo á usted. Es un periódico muy sensato, nada sectario; no está vendido al oro inglés.

—Lo creo, pero no cambie usted de conversación. El *S. Leandro* era un barco español; todo barco español es una continuación del territorio nacional; luego hundir á cañonazos ese buque es, aunque en menor escala, como bombardear una de nuestras aldeas.

—¡Hombre, vaya una comparación! No es tan grave hundir un vapor como cañonear un pueblo; para esto sería preciso que estuviéramos en guerra.

—Tratándose de Alemania no es preciso. Bélgica era un país no sólo neutral, sino *neutralizado*, y los alemanes atacaron á Lieja. Y sin salir de España, ya una vez, antes del incidente de las Carolinas, barcos alemanes cañonearon algunos de nuestros pueblecitos del Cantábrico. La declaración de guerra es una pura fórmula y los alemanes no tienen necesidad de emplearla con nosotros porque saldrían perdiendo. Se crearían un enemigo más, y sus internados quedarían prisioneros y no podrían andar con tanta libertad por España.

—Nosotros no estamos en guerra con Alemania.

—Nosotros, no; pero Alemania sí lo está con nosotros; bloquea nuestros puertos, como Las Palmas de Gran Canaria y Bilbao, y hunde nuestros buques. Hemos perdido ahora más barcos mercantes que en la guerra que nos hicieron los yanquis en 1898.

—Alemania nos indemnizará todo esto, si hay derecho á ello.

—¿Y esa indemnización, quién la garantiza? ¿Quién garantiza que Alemania nos pagará lo que nos gastamos en mantener á los internados del Camerón?

—El tratado de La Haya de Octubre de 1907.

—Los tratados, según Alemania, son papeles mojados.

—Entonces, D. Francisco, ¿qué cree usted que debemos hacer?

—Hipotecar los barcos alemanes refugiados en nuestros puertos hasta que hayamos obtenido las satisfacciones necesarias. Los buques alemanes deben garantizarnos el cobro. Créame usted, para convencer á quienes no reconocen más derecho que la fuerza, como los alemanes ó los clericales, no hay mejores argumentos que los que atacan al bolsillo.

F. R.

ASI ES LA VIDA...

Los juguetes á los niños pobres

¡Qué sensibilidad la del alma burguesa! ¡Qué delicadeza de sentimientos mete en ella la educación cristiana! La pasión de Cristo ha dejado tantos símbolos y tan adaptables á todos los usos, que con ellos está suficientemente surtido, y con exceso, el guardarropia del teatro humano, donde la farándula de los ricos y de los fuertes y de los listos representa la comedia social. La cruz se ha empleado en moldes para espadas. La esponja en que le dieron á beber á Cristo hiel y vinagre se ha convertido en un precioso utensilio de limpieza: empapada en agua bendita; se pasa —y permitidnos esta figura, que nos recuerda la que empleaba un apreciable amigo nuestro, que, en homenaje á no recordamos quién, decía que «doblaban ante él las rodillas del entendimiento» (textual) —, por las vergüenzas del alma y las deja como nuevas. La pila de agua bendita es el bidé del alma y la caridad la esponja.

¡Ah, la caridad, la bendita esponja! Ahora, con ocasión de ser la festividad de Reyes, los ricos y los casi ricos se han dado un buen lavatorio. Han hecho la caridad con los pobres. Han hecho esa caridad que recuerda la de los sayones que tenían que aplicar una cantidad muy larga de palos á un condenado por la justicia, y que, para que el castigo no dejara de cum-

plirse en toda su extensión, de tiempo en tiempo, cuando parecía que el misero iba á dejar de vivir, se detenían, le curaban las heridas, le fortalecían un poco y volvían luego á empezar, hasta llegar al último golpe. Después del último golpe, poco importaba ya que muriera el infeliz.

Los sayones han dado juguetes á los niños pobres. Lo leemos en varios periódicos. No ha faltado —no falta nunca — el cronista llorón que se ha conmovido con la alegría que recibieron los pobrecitos desaharrapados al coger en sus manos la muñeca de celuloide, el caballo de cartón, el soldado de plomo... Esta alegría ha inspirado al cronista de tanta unas cuantas frases hechas, que han inundado á los repartidores de juguetes, á los caritativos, de una honda satisfacción interior. «Somos buenos —se han dicho—. Si no vamos derechos al cielo, será porque en el cielo no hay justicia». Y les dicen á sus hijos, que están muy gorditos y muy rollizos: «Aprended á ser buenos como lo son vuestros papás. Hay que tener caridad para con los pobres. ¡Pobrecitos pobres!...»

Sí, pobrecitos pobres, que en la misma noche en que han recibido el don generoso de la caridad cristiana no tienen un pedazo de pan que llevarse á la boca, porque resulta que el plomo de los soldados, el cartón del caballo ó el celuloide de las muñecas no son sustancias nutritivas.

¡Pobrecitos pobres! Los bondadosos, los caritativos, los cristianos, se han lavado con la esponja los más inmundos órganos del alma y les han tirado á la cara el agua sucia...

E. TORRALVA BECI

El Socialista.

Cine clerical

Buena respuesta

I

—¿Cómo va ese valor, P. Bocaza?

—Muy mal, doña Blanca: esta piedad izquierda no me deja moverme. ¡El dichoso reuma!

—Ya se pasará.

—Sí, pero ya llevo tres días sin celebrar y sin poder ir á la iglesia: he perdido tres asistencias á la novena, dos entierros de segunda y las misas.

—Vamos, no se apure: aquí tiene tres duritos para que me aplique tres misas cuando salga de casa. Y otra buena noticia: me ha dado esta mañana la viuda de Conejo; que ya le mandará algunas cosillas de comer.

—¡Dios se lo pague! Si no fuera por almas como esas, ¡qué sería de los pobres curas viejos!

—Dios no abandona nunca: aprieta, pero no ahoga... Ya lo sabe usted.

—¡Siempre sea bendito!

II

—¡Maldita beata! Creí que no se marchaba nunca. Anda, Eleuteria, pon la mesa, que nos vamos á poner como el chico del esquilador.

—Yo estaba temblando no oliera el tufllo del capón asado, y eso que cerré bien la puerta de la cocina.

—Es una ruina que ni ve, ni oye, ni huele; pero de cuando en cuando suelta algún durillo.

—Yo la he dicho al despedirla, que hacía cuatro días que no entraba la carne en casa.

—¿Has puesto á refrescar el champagne?

—Está como un carambano.

—Pues, anda, sirve la comida: el café ya sabes que me gusta bien cargadito.

—Y acompañado de una buena copa de Benedictino.

—Anda, picarilla, que también á ti te gusta empinar de lo fino. (Pausa).

—¡Ay Eleuteria! ¿Qué sería de nosotros si la Iglesia no hubiera inventado el Purgatorio?...

—Métale usted mano á ese salmón con salsa á la mayonesa, y déiese ahora de teologías...

III

—¿Han llamado?

—Sí, ¡y con qué prisa!

—Anda, quita todo esto: guarda los dulces, esconde esas botellas, recoge las tazas y las copas... Gracias que ya habíamos acabado... Será la viuda de Conejo.

—Voy á ver...

—¿Quién es?

—El gandul ese del sotabanco, con la mujer con la tripa en la boca, y los cuatro chiquillos chorreando mugre.

—No podemos negarles que pasen: se lo dirían al tiburón de D. Tiburcio y luego todo serían críticas.

—Pasen ustedes.

—¡Buenas tardes, Padre! Usted perdone; llevamos dos días sin probar bocado, y hemos dicho: pues el P. Bocaza, como vecino y sacerdote, quizás nos aliviará en algo; y eso es todo.

—¿Por qué no piden ustedes á Dios?

—¡Ah, señor cura! Los pobres no tenemos tiempo para rezos, y andar por las iglesias; hay que ir en busca del mendrugo.

Muy bien; pero como la divina sabiduría todo lo tiene rectamente dispuesto; suede que ustedes no pueden pedir á Dios y yo pido por ustedes; ustedes no pueden comer, y yo como por ustedes; y así se cumplen los designios de la Providencia.

Los pedigüeños se miran asombrados y salen sin decir palabra.

El ama Eleuteria contempla embozada al clérigo y meneando la cabeza, exclama:

—Cada día estoy más asombrada de su talento... ¡Qué hermosa respuesta!—FRAY GERUNDIO

La Musa anticlerical

Publiqué los cuatro tomos de *Poesías festivas*, como el de *Sonetos y romances*, como el de *Cantares y epigramas*, como el de *Menudencias regocijadas*, todos en verso, como el de *Chascarrillos anticlericales* en prosa, con el piadoso objeto de dejar recopilado cuanto original reuni en muchos años de revolver papeles en busca de las muestras de ingenio heterodoxo que dieron nuestros escritores desde el siglo XVII acá.

Sea por causa de la situación económica que atravesamos, sea por el aplanamiento de los espíritus que ha traído la guerra europea, sea por el predominio cada vez mayor del clericalismo, sea, en fin, por lo que fuese, el caso es que esos ocho tomos se han vendido muy poco.

Y como yo los hice para que se leyera y contribuyesen á derribar, ó cuartear, ó desconchar, por lo menos, á carcajadas el edificio que alberga á todos los hipócritas, explotadores y malvados, al par que á los bobalicones y papanatas inconscientes, he decidido, en uso de mi proterva autonomía, dedicar este año la octava plana de EL MOTIN á ir dando á conocer algunos de esos trabajos, que seguramente agradarán por lo variados y lo amenos.

Y me creeré pagado del tiempo que en recopilarlos empleé, si logro arrancar una sonrisa al lector, despertar una duda, ó ahuyentar la sombra de una superstición.

Y recordando lo del llanto sobre el difunto, allá va algo de lo que contienen los siete tomos que componen LA MUSA ANTICLERICAL:

QUIERO SER FRAILE

Yo soy lo más vago
que nació de madre;
súdo al pensar sólo
que haya quien trabaje;
el ocio me encanta,
la holganza me atrae...

Indudablemente me llama el convento:
yo quiero ser fraile.

Yo soy un sujeto
de cortos alcances,
de rudo cacumen,
de toscos modales,
de educación nula,
de groseras frases...

Indudablemente me llama el convento:
yo quiero ser fraile.

Soy sucio hasta el colmo
de las suciedades;
tengo hecha promesa
de nunca lavarme;
miro la jofaina
con odio implacable...

Indudablemente me llama el convento.
Yo quiero ser fraile.

Me gustan las mozas,
me gusta embriagarme;
amo con delirio
los buenos manjares;
aprensión no tengo;
pido á Cristo padre...

Indudablemente me llama el convento:
Yo quiero ser fraile.

UN ASPIRANTE

Discordias

DE UN CONGRESO ECLESIASTICO
EN LA ELECCIÓN DE UN SUPERIOR

El rencor, la adulación,
la asechanza, la porfía,
el odio y la simpatía
votan en esta sesión;
¡qué tal será la elección
donde hay tedio tan profundo!
por cierto yo me confundo
de ver en tal desconsuelo
que, donde todo es del cielo,
se encuentre tanto del mundo.

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL

Siglo XVIII

SINGULAR COMBATE

Viajaba cierto cura
de aldea, cierta noche.
Salió cierto bandido
de cierto espeso monte;
sacó de cierta faja
cierto puñal enorme.

De cierto saco el cura
sacó cierto revólver,
la bala en cierta parte
del buen bandido entróse,
causándole la muerte
con ciertas contusiones.

Pidió el bandido un cura
por ciertos escozores
que en la conciencia dábale
cierto delito enorme.

Con cierta humana lástima
el cura le socorre,
y sobre el pecho herido
encuentra el sacerdote
cierta medalla y cierto
escapulario doble.
Ciertos bandidos tienen
ciertas supersticiones.

Mezclando ciertos credos
con ciertos *pater noster*
y á ciertas *mea culpa*
ciertas interjecciones,
murió como un bendito
y el buen cura absolvióle...

España, buena tierra,
donde produce el monte
bandidos con medallas
y curas con revólver.

J. ALCALÁ GALIANO

La confirmación

Fué á confesarse un gitano,
y mientras la confesión,

le dijo el padre:—Cristiano,
¿qué cosa es confirmación?

—No chanelo, pare mío:
¿á qué engaña á su mercé?
— Quien se confirma, hijo mío,
se ratifica en la fe.

—¡Juy! pare, soy un jumento;
no entiendo. — Es cosa sencilla:
se confiere el sacramento
dando un golpe en la mejilla.

—¿Una gofetá? ¡chipé!
Entonces ya lo sabía,
pues confirmo á mi mujé
catorce veces al día.

¿Filántropos ó policías?

Es mucha la caridad
que usan con el indigente
los socios de esa hermandad
del bendito San Vicente.

Por dos reales semanales
que al pobre le suelen dar,
lo cual suelen anunciar
con bombos descomunales,
se juzgan con el derecho
de semanal inspección,
y del pobre en la mansión
figan desde el suelo al techo.

Le preguntan si es casado,
las ideas que profesa,
si oye misa, si confiesa,
si come carne ó pescado.

Con mil detalles prolijos
se enteran de si trabaja,
si entra, sale, sube ó baja,
á qué escuela van sus hijos.
Se enteran de todo, en suma;
á qué altura anda su fe,
lo que piensa, lo que lee,
lo que bebe, lo que fuma.

Se pasan ya de curiosos;
cualquiera los creería
agentes de policía
más que cofrades piadosos.

Su curiosidad malsana
escama á Cristo ¡puñales!
¡Cómo apuran los dos reales
que sueltan cada semana!

En la sacristía

(CUENTO BATURRO)

— Güen día, mosén José.
— ¡Hola! ¿Que te traes, Perico?
— Pus traigo este *pequeñico*
pá que lo bautice usté.
— Y ¿qué nombre se le pone?
— Tigre. — ¿Tigre? Tú estás malo.
— Pus yo Tigre hi de llamalo.
— En fin, que Dios te perdone.
— Tigre ha de ser ¿eh? — ¡Qué empeño!
Pero, hombre, ¿se te figura...?
— Nada, nada, señor cura,
ú sí, ú me llevo al *pequeño*,
— Y ¿por qué esa obstinación
que luego al chico denigre?

— Razón tengo. — ¿Qué razón?
— No se llama el Papa *Lión*?
— Sí. — Güeno. Pus este Tigre.
RAMÓN L. MONTENEGRO

(Continuará.)

Imp. Moderna, San Bernardo, 65